

Liturgia Dominical

SUPLEMENTO 347

(SEPTIEMBRE 2025)



MISA PARA EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

El Papa León XIV ha aprobado la introducción oficial de una nueva celebración litúrgica: la **«misa por el cuidado de la Creación»** (*Missa pro custodia creationis*). En el Decreto del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos aprobado por León XIV y fechado el 8 de junio, solemnidad de Pentecostés- se subraya que «el misterio de la creación», «signo de la benevolencia» del Señor, «como un tesoro precioso debe ser amado, custodiado y al mismo tiempo valorizado, así como transmitido de generación en generación». Por ello se ha diseñado un formulario específico **«por el cuidado de la Creación»**.

Los nuevos textos, explicó el cardenal Czerny, tienen como telón de fondo dos aniversarios importantes: el «revolucionario Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz» firmado por San Juan Pablo II hace treinta y cinco años, en 1990, y titulado «Paz con Dios Creador, Paz con toda la Creación»; y el décimo aniversario de la Encíclica «Laudato si» sobre el cuidado de la casa común, firmada por el Papa Francisco en 2015 y que hace referencia a una «ecología integral» y no «superficial o aparente».

Con la encíclica *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), el papa Francisco llamó la atención de todos, creyentes y no creyentes, sobre el cuidado de la casa común, tema retomado por la exhortación apostólica a todas las personas de

DELEGACIONES DE

LITURGIA: Astorga, Ávila, Burgos, Ciudad Rodrigo, León, Osma-Soria, Oviedo, Palencia, Salamanca, Santander, Segovia, Valladolid y Zamora.

DELEGACIÓN CENTRAL:

C/ Martínez del Campo, 7
09003 Burgos

Tel. 662 862 689

E-mail: delegacion.liturgia@archiburgos.es

Depósito legal: BU-594. - 1981



buena voluntad «Laudate Deum» (4 de octubre de 2023) sobre la crisis climática.

Un formulario para una Misa por el cuidado de la creación

El título del nuevo formulario se inspira en la correcta hermenéutica bíblica a la que nos ha llamado el Papa Francisco. En el n.º 67 de *Laudato si'* leemos: «...Mientras que “cultivar” significa arar o trabajar una tierra, “custodiar” significa proteger, cuidar, preservar, conservar, velar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre los seres humanos y la naturaleza».

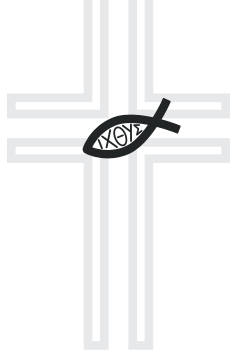
El versículo 2 del Salmo 18(19), indicado como antífona de entrada (Los cielos proclaman la gloria de Dios, / el firmamento proclama la obra de sus manos), abre la celebración expresando asombro ante cómo la creación refleja la gloria de Dios: sin este asombro, «nuestras actitudes», escribe el papa Francisco, «serán las de un dominador, un consumidor o un mero explotador de los recursos naturales» (LS 11).

La oración colecta es una síntesis orante de la teología de la creación inspirada en la Sagrada Escritura: Cristo es el primogénito de toda la creación; el Padre llamó a todas las cosas a la existencia; el hombre está llamado a proteger su obra.

La oración sobre las ofrendas retoma y amplía las palabras de la presentación de los dones, expresando la idea teológica que inspira la contemplación litúrgica de la creación. En resumen: toda la historia de la salvación, de la cual la creación es fundamento y comienzo, culmina en la Pascua del Señor; La Liturgia hace presente el Misterio Pascual a través de los sacramentos, lo actualiza y revela su eficacia; en continuidad con la lógica de la encarnación, las cosas creadas por Dios y trabajadas por el hombre (pan, vino, aceite, agua...) alcanzan su pleno significado en la acción celebrativa; esta dignidad exige una mirada contemplativa sobre las cosas creadas que cambia nuestra relación con ellas.

El versículo 3 del Salmo 97, indicado como antífona de comunión (Todos los confines de la tierra han visto / la salvación de nuestro Dios), acompaña a la asamblea que se nutre en el banquete eucarístico en la contemplación de la obra de salvación que une al hombre con todas las criaturas.

Con la oración después de la comunión, invocamos los frutos del misterio celebrado. Esta oración se inspira en el n.º 66 de la LS. El papa Francisco nos recuerda que existen «tres relaciones fundamentales



estrechamente relacionadas: la relación con Dios, la relación con el prójimo y la relación con la tierra. Según la Biblia, estas tres relaciones vitales se rompen, no solo fuera, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado».

La comunión con Dios, con el prójimo y con la tierra se nutre de la Eucaristía, «sacramento de unidad», y desde ella se extiende hacia su plenitud última, hacia esa plenitud de comunión en la que todo será nuevo. La armonía con todas las criaturas, que contemplamos en Francisco de Asís, solo puede surgir, como en el Poverello, de una experiencia de reconciliación que posibilite la comunión con Dios y con los hermanos.

Las lecturas bíblicas elegidas para la Misa pro custodia creationis ofrecen diversos puntos de reflexión.

El libro de la Sabiduría nos invita a reconocer la belleza del Creador en las criaturas. Esta página encuentra eco en el Salmo Responsorial, que une a la asamblea con la creación que canta la gloria de Dios.

El himno de la carta del apóstol San Pablo a los Colosenses ofrece una lectura cristológica de la creación. El Salmo Responsorial es un canto de bendición a la obra creadora de Dios.

Se proponen dos pasajes evangélicos (Mt 6, 24-34: Mirad las aves del cielo... Buscad primero el reino de Dios y su justicia; Mt 8, 23-27: Se levantó y reprendió a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma).

Estos pasajes representan, en cierto modo, un «desafío» y una oportunidad para poner en práctica esa hermenéutica correcta de los textos bíblicos, sin la cual –como subraya LS 67– se podría acabar sosteniendo posturas incoherentes con los datos del Apocalipsis, como, por ejemplo, la actitud que LS 69 define como «antropocentrismo desviado».

En conclusión, la Misa pro custodia creationis incorpora algunas de las principales peticiones contenidas en LS y las expresa en forma de oración en el marco teológico que la encíclica relanza. Los textos eucológicos que componen este formulario son un buen antídoto contra cierta lectura de la LS que corre el riesgo de reducir la profundidad de su contenido a una «ecología superficial o aparente» (LS 59), alejada de la «ecología integral» ampliamente descrita y motivada en el texto (véase Ls cap. IV).

La creación en la liturgia

La liturgia, que actualiza el misterio pascual, celebra en cada momento del año litúrgico el misterio de la creación, que tiene su culmen en la Pascua del Señor.



Escribe Gaudenzio de Brescia (Sermón I, 10): «... en el séptimo día, en el que había creado al hombre, [Cristo] sufrió por él la pasión, y en el día del domingo, que en las Escrituras se llama el primer día después del sábado, y en el que había comenzado el mundo, resucitó: así, quien en el primer día había creado el cielo y la tierra, de la que luego modeló al hombre creándolo, también en el primer día quiso restaurar al hombre, para quien había creado el mundo».

En particular, en la memoria anual de la Pascua, la liturgia celebra el misterio de la creación redimida, renovada, finalmente consumada. La íntima conexión entre Cristo Resucitado y la creación no podría expresarse de manera más eficaz.

La primera lectura de la Vigilia Pascual es el relato de la creación (Gn 1,1-2,2), al final del cual la Iglesia reza así:

Dios todopoderoso y eterno,
admirable en todas las obras de tu amor,
ilumina a los hijos que has redimido
para que comprendan que,
si grande fue al principio la creación del mundo,
mucho mayor, en la plenitud de los tiempos,
fue la obra de nuestra redención,
en el sacrificio pascual de Cristo Señor.
Él vive y reina por los siglos de los siglos.

San Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Dies Domini* sobre la santificación del domingo, dedica el capítulo I al tema de la creación (La celebración de la obra del Creador, nn. 8-18): «Todo fue hecho por medio de él» (Jn 1, 3)

En la experiencia cristiana, el domingo es ante todo una fiesta pascual, totalmente iluminada por la gloria de Cristo resucitado. Es la celebración de la «nueva creación». Pero precisamente este carácter suyo, si se comprende en profundidad, parece inseparable del mensaje que la Escritura, desde sus primeras páginas, nos ofrece sobre el designio de Dios en la creación del mundo. Si es cierto, en efecto, que el Verbo se hizo carne en «la plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4), no es menos cierto que, en virtud de su mismo misterio de Hijo eterno del Padre, él es el origen y el fin del universo. Así lo afirma Juan en el prólogo de su Evangelio: «Todo fue hecho por medio de él y sin él nada de lo que existe fue hecho» (1, 3). Lo subraya igualmente Pablo al escribir a los Colosenses: «Por medio de él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, las visibles y las invisibles [...]. Todas las cosas han sido creadas por medio de él y para él»



(1, 16). Esta presencia activa del Hijo en la obra creadora de Dios se reveló plenamente en el misterio pascual, en el que Cristo, resucitando como «primicia de los que han muerto» (1 Cor 15, 20), inauguró la nueva creación e inició el proceso que él mismo llevará a término en el momento de su glorioso regreso, «cuando entregue el reino a Dios Padre [...], para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 24.28).

Ya en la mañana de la creación, pues, el proyecto de Dios implicaba esta «tarea cósmica» de Cristo. Esta perspectiva cristocéntrica, proyectada a lo largo de todo el tiempo, estaba presente en la mirada complacida de Dios cuando, cesando en toda su obra, «bendijo el séptimo día y lo santificó» (Gn 2, 3). Entonces nació —según el autor sacerdotal del primer relato bíblico de la creación— el «sábado», que tanto caracteriza la primera Alianza y, de alguna manera, anuncia el día sagrado de la nueva y definitiva Alianza. El mismo tema del «descanso de Dios» (cf. Gn 2, 2) y del descanso que él ofreció al pueblo del Éxodo con la entrada en la tierra prometida (cf. Ex 33, 14; Dt 3, 20; 12, 9; Jos 21, 44; Sal 95 [94], 11) se reinterpreta en el Nuevo Testamento bajo una nueva luz, la del «descanso sabático» definitivo (Hb 4, 9) en el que Cristo mismo entró con su resurrección y en el que está llamado a entrar el pueblo de Dios, perseverando en las huellas de su obediencia filial (cf. Hb 4, 3-16). Por lo tanto, es necesario releer la gran página de la creación y profundizar en la teología del «sábado» para introducirnos en la plena comprensión del domingo.

También son esclarecedoras las palabras de Benedicto XVI (Homilía, Sábado Santo, 7 de abril de 2012): [...] *La Pascua es la fiesta de la nueva creación. [...] Se ha abierto una nueva dimensión para el hombre. La creación se ha vuelto más grande y más amplia. La Pascua es el día de una nueva creación, pero precisamente por eso la Iglesia comienza en ese día la liturgia con la antigua creación, para que aprendamos a comprender bien la nueva. Por eso, al comienzo de la Liturgia de la Palabra en la Vigilia Pascual, se narra la creación del mundo. [...] En primer lugar, la creación se presenta como una totalidad de la que forma parte el fenómeno del tiempo. [...] En segundo lugar, de la narración de la creación, la Iglesia, en la Vigilia Pascual, escucha sobre todo la primera frase: «Dios dijo: «¡Hágase la luz!» (Gn 1,3). La narración de la creación, de manera simbólica, comienza con la creación de la luz. [...] En Pascua, en la mañana del primer día de la semana, Dios volvió a decir: «¡Hágase la luz!». Antes habían venido la noche del Monte de los Olivos, el eclipse solar de la pasión y muerte de Jesús, la noche del sepulcro. Pero ahora es de nuevo el primer día: la creación comienza de nuevo. «¡Hágase la luz!», dice Dios, «y se hizo la luz». Jesús resucita del sepulcro. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. [...] En la Vigilia*



Pascual, la noche de la nueva creación, la Iglesia presenta el misterio de la luz con un símbolo muy particular y muy humilde: con el cirio pascual [...] El pregón Pascual, que el diácono canta al comienzo de la liturgia pascual, nos hace notar de manera muy discreta otro aspecto más. Nos recuerda que este producto, el cirio, se debe en primer lugar al trabajo de las abejas. Así entra en juego toda la creación. En el cirio, la creación se convierte en portadora de luz.

En cada celebración eucarística, en la presentación de los dones se hace referencia a los frutos de la tierra y del trabajo del hombre; en la profesión de fe decimos: «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible».

Las Rogativas y las Cuatro témporas, de las que tratan las Normas generales para el ordenamiento del Año litúrgico y del Calendario en el cap. VII, dan una importancia particular a la creación: Con las Rogativas y las «Cuatro témporas», la Iglesia suele rogar al Señor por las necesidades de los hombres, sobre todo por los frutos de la tierra y por el trabajo del hombre, y darle gracias públicamente.

Las Rogativas y las cuatro témporas

Para que las Rogativas y las «Cuatro témporas» puedan adaptarse a las diferentes situaciones locales y a las necesidades de los fieles, a partir de ahora serán reguladas por las Conferencias Episcopales, tanto en lo que se refiere al tiempo como a la forma de celebrarlas.

Por lo tanto, la autoridad competente, teniendo en cuenta la situación local, establecerá las normas relativas a la duración de estas celebraciones, que podrán prolongarse durante uno o varios días, y a su posible repetición durante el año.

La misa para cada uno de los días de estas celebraciones se elegirá entre las destinadas a diversas necesidades, que sean más adecuadas al propósito de las celebraciones [En tiempo de siembra; Después de la cosecha].

Son interesantes las motivaciones expresadas en las Precisiones del Misal Romano de la CEI:

La oración de «rogativa» puede manifestar además, a través del lenguaje propio de la liturgia, la atención por la custodia de la creación, hoy especialmente actual y común a creyentes y no creyentes (cf. Francisco, Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 257; Francisco, Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común *Laudato si'*,

24 de mayo de 2015).

La tradición de las «Cuatro témporas», originalmente vinculada a la santificación del tiempo en las cuatro estaciones, puede revivirse oportunamente con momentos de oración y reflexión. Al destacar el misterio de Cristo en el tiempo, la comunidad cristiana invoca y da gracias a la providencia del Padre por los frutos de la tierra y del trabajo del hombre (cf. Bendicional, n. 1814). En tales ocasiones, se puede caracterizar la misa vespertina del viernes o la del sábado por la mañana utilizando algún formulario particular de Oración universal, concluyendo con la oración de bendición propuesta por el Bendicional (n. 1819) y con la ofrenda de aceite en invierno, flores en primavera, espigas de trigo en verano y uvas en otoño (cf. Bendiciones, n. 1816). En el Tiempo Ordinario se pueden utilizar los formularios de las misas «para diversas necesidades» en los días de cambio de estación (cf. Ordenación General del Misal Romano 368-373).

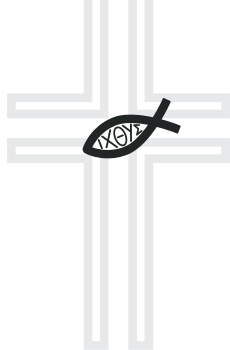
El comienzo de las cuatro estaciones se conmemora el miércoles, viernes y sábado después del tercer domingo de Adviento (invierno), después del tercer domingo de Cuaresma (primavera) y después del domingo de la Santísima Trinidad. (verano), después del tercer domingo de septiembre (otoño). p. LXII-LXIII

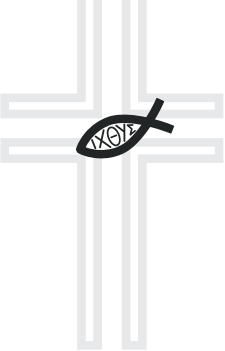
También la celebración de los sacramentos individuales celebra la creación. Basta recordar las grandes oraciones de bendición del agua para el bautismo o del aceite para las unciones sagradas. La parte anamnética comienza recordando la creación del agua y del olivo en vista de los sacramentos.

Además, en la Liturgia de las Horas el tema de la creación está muy presente. Basta citar el cántico de Daniel (Dn 3, 57-88. 56 – Bendecid, obras todas del Señor, al Señor) en las alabanzas del domingo de la primera semana, en las solemnidades y en las fiestas, así como la referencia al compromiso del hombre en la custodia de la creación presente en las oraciones. En el Supplementum a la Liturgia de las Horas, que se publicará próximamente, el lunes de la primera semana del Tiempo Ordinario (año II) está prevista como primera lectura el relato de la Creación (Gn 1,1-2,4) y como segunda lectura el Cántico de las Criaturas de san Francisco.

La Liturgia, por tanto, ofrece múltiples referencias a la creación: su valoración favorece el crecimiento en la conciencia de la importancia de la custodia de la creación, cuyo sentido profundo se revela en el misterio pascual que la celebración hace presente.

(Textos tomados de la rueda de prensa de presentación)





Antífona de entrada Sal 18 (19), 2

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos.

Oración colecta

Dios Padre,
que en Cristo, primogénito de toda la creación,
has llamado todas las cosas a la existencia,
haz que, dóciles al aliento de vida de tu Espíritu,
custodiamos con amor la obra de tus manos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, oh, Padre,
estos frutos de la tierra y del trabajo de nuestras manos,
perfecciona en ellos la obra de tu creación,
para que, transformados por el Espíritu Santo,
sean para nosotros comida y bebida de vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de comunión Cf. Sal 97, 3

Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.

Oración después de la comunión

El sacramento de unidad
que hemos recibido, oh, Padre,
acreciente la comunión contigo y con los hermanos,
para que, esperando unos cielos nuevos y una tierra nueva,
aprendamos a vivir en armonía con todas las criaturas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.